

V. De Florencia a Italia: Maquiavelo, nacionalista*

Veinticinco capítulos después, Maquiavelo escribe la segunda parte de su ópera magna, el capítulo vigésimo sexto. El último. Lo firma con el mismo nombre y apellido, pero imbuido de una personalidad enteramente distinta. Se diría que el autor que había recomendado al príncipe el arte de la simulación en aras de la eficacia de su cometido, se sintiera a sí mismo justificado para disimular en la teoría la mitad de su persona; y es que, sin solución de continuidad, al analista frío, diseccionador de la conducta humana con imparcialidad implacable, cual si de cifras se tratara, amigo de las metáforas naturalistas y partidario de usar la fuerza contra el guarismo viviente, etc., sucede un *alter ego* todo corazón donde antes le viéramos como pura razón, que lo lleva a la política ensanchando en patria el anterior dominio, que inflama con versos la antaño acerada prosa, etc.; y a quien no importa si tras todo ello su racionalidad queda o no en paz con la lógica.

¿Cuáles son, por tanto, los nuevos objetivos planteados por el autor, cuál su modo de buscarlos y qué consecuencias deriven para la doctrina al tratar de integrarlos con los anteriores? El centro del discurso dilata ampliamente su circunferencia hasta abarcar a Italia entera; es ella el sujeto actual de la adquisición y conservación del poder, en lugar de Florencia o cualesquiera otros principados peninsulares, pequeños o grandes. El motivo

* Publicado originariamente en la revista mexicana *Dosfilos*, 2002, pp. 20-24, y después en Buenos Aires como segunda introducción a nuestra edición de *El Príncipe* ya citada (pp. 47-54).

INDIVIDUO Y POLÍTICA EN *EL PRÍNCIPE* DE MAQUIAVELO

de que el poder haya alzado su mira se debe a que el rastreo llevado a cabo por la mirada maquiaveliana en su tiempo histórico le ha revelado, nada menos, que se halla ante la posibilidad de hacer realidad un sueño: ante la “ocasión” de dar cuerpo a la unidad política de Italia. Y la razón de ese sueño estriba en la creencia de que Italia es, culturalmente hablando, una nación.

En efecto, a pesar del escaso número de veces en que aparece tal término a lo largo y ancho de la obra maquiaveliana, del hecho de ser sustituido en no pocas por el de “provincia” —o, naturalmente, de las polémicas academicistas acerca del grado de correspondencia entre uno y otro; a pesar, igualmente, del desacuerdo entre la creencia señalada y consideraciones esparcidas en otras obras; y a pesar, desde luego, de las ilusiones y aporías inmanentes, tanto al concepto en cuestión como a la ideología frecuentemente engendrada por él, el nacionalismo, es un dato que Maquiavelo, por un lado, las tiene en cuenta en sus análisis, y, por otro, profesa la fe nacionalista. Esto último, por lo demás, se pone de manifiesto no solo en la afirmación antevista de Italia como unidad cultural, sino asimismo en el corolario político deducido de ella: la exigencia de un Estado para la preexistente nación así formada. Es esa la gran tarea por materializar pendiente en la agenda de la historia, la “innovación” a la cual el momento sociológico italiano está llamando al nuevo príncipe, la que dará a su producto un puesto en el panteón de los grandes acontecimientos de la historia —además de altísimo “honor” al que “forma” y gran “bien” a su “materia”. Por no faltar, ni siquiera faltan las invocaciones arrebatadas o los tonos místicos con los cuales dicha fe suele acompañar su irrealidad: la escatológica parafernalia con la que suele presentarse en escena (como comprobará quien lea las sorprendentes palabras finales, encendido —y peligroso: “...con qué sed de venganza”— preludio de los versos de Petrarca citados justo a continuación).

A primera vista, la culminación del actual objetivo sigue siendo una proeza, como sus ilustres precedentes, pero nada tiene de extraordinario desde el punto de vista de la conservación del Estado, pues individuar la ocasión para unificar Italia, o arbitrar el medio de hacerlo —reorganizar, según nuevo metro un ejército propio— formaba parte de la *virtù* del príncipe. Es verdad que ahora se exige dicho medio también para la consecución de la

De Florencia a Italia: Maquiavelo, nacionalista

meta, y que esta, según se indicó, multiplica el tamaño y las fuerzas de cualesquiera de los anteriormente considerados, pero un príncipe virtuoso siempre habrá de estar al frente de la empresa, y acciones como las indicadas necesariamente contarán entre sus modos de hacer.

Ahora bien, ya en ese trecho en apariencia recorrido conjuntamente por el príncipe nuevo anterior y el actual hay mucho más de diverso que de común. De entrada, no es él quien ejerce su propia *virtù*, tanto a la hora de individuar la ocasión de rehacer Italia, como en el momento de precisar el medio, sino que debe ambas informaciones o a la palabra escuchada de labios de un genial secretario relegado a la oscuridad o, mejor, a la palabra leída en un texto que ese mismo secretario hubo de escribir para hacerle llegar su voz. Pero, con ello, la *virtù* ha visto cómo se desprendía su mente de su cuerpo y quedaba reducida a la acción; pero con ello, además, el príncipe italiano ya no es el príncipe nuevo de antes, pues formaba parte de su genio llevar a cabo las dos tareas aludidas. Ahora es el secretario quien monopoliza la teoría dejando para su señor la práctica, la política ya no le reconoce como el gobernante platónico en quien unificara las dos mitades de su ser. Pero con ello, añadamos, las diferencias no han hecho sino empezar.

No obstante, antes de completar su cuadro, intentemos comprender el significado de la reorientación experimentada por la doctrina. En efecto, ¿en qué la fundamenta Maquiavelo, y cómo justifica la aparición de ese nuevo *telos* normativo? Para la primera cuestión, aunque confusa, hay respuesta: la segunda, por el contrario, queda sin resolver. En su discurso, las dos cuestiones se confunden en una, en cuyo planteamiento y desarrollo brilla por su ausencia la antigua y cada vez más añorada claridad expositiva. De hecho, el fundamento aludido no es sino la afirmación de un “espíritu italiano” y de una “*virtù italiana*”, posible por la realidad de una nación italiana originaria de la que nunca se supo hasta el presente como entidad política; se trata de una ficción que justifica de antemano toda acción emprendida en su nombre, de un ser que es al tiempo un deber ser, de una existencia a la que se concibe como esencia. De cómo se haya formado esa entelequia, de cómo haya derivado una del mosaico de pueblos con los que la historia ha ido curtiendo el suelo itálico, no hay no-

INDIVIDUO Y POLÍTICA EN *EL PRÍNCIPE* DE MAQUIAVELO

ticia en el teórico florentino; menos aún de por qué las ciudades que aquellos han ido conformando, tan frecuentemente hostiles y separadas entre sí,¹ deban aspirar a la unidad y a lograrla políticamente. Como tampoco hay huella, salvo la propia, de que en realidad la quieran: y menos de todo de que aun queriéndola la puedan obtener. Porque lo que sí dice Maquiavelo es que “Italia” es hoy una nación más “esclava que los judíos, más sierva que los persas, más dispersa que los atenienses”.² Y prosigue: “sin cabeza, sin orden, abatida, expoliada”, etc. (Y si así está Italia, los italianos no le van a la zaga, por cuanto “sanza religione e cattivi” [*Discorsi*, I-12] se muestran en la actualidad). Cómo en semejante condición se pueda sentir tan noble, querer tan alto, o cómo sea posible lograrlo es uno de los muchos trucos que la creencia nacionalista guarda secretamente en su repertorio de prestidigitador; cómo logre despertarse la solidaridad en individuos empobrecidos o atemorizados, cuando pobreza y temor son emisarios del aislamiento y del egoísmo;³ cómo de la cabeza de la discordia surja armada la idea de unión; de los intereses separados y en conflicto un ejército nacional, o se metamorfosee en valor compartido lo que otrora fueran pasiones —desidia, odio, revanchismo— disgregadoras atizadas por el fuego del localismo, no solo queda sin explicar, sino que, en rigor, bajo el patrón de la inicial lógica, no cabe ni siquiera plantear. Si ahora se da por dado sin más el conjunto de tales fenómenos; si a los pobres en bienes se les supone ricos en espíritu; a los cortos de sentimien-

¹ Las *città* de la península itálica estaban efectivamente tan celosas de su autonomía política como las antiguas *polis* griegas, y como se sabe repitieron su destino. Maquiavelo, que lo conocía, quiso anticiparlo apelando a la formación de un Estado unitario. El fracaso de su intento no es óbice para reconocer que asimiló para bien el, en este punto, mal ejemplo aristotélico, cuya doctrina seguía manteniendo el punto de vista de la *polis* cuando ya el imperio macedón había cortado sus alas.

² Maquiavelo quiere realzar el paralelismo entre la situación italiana y la de judíos, persas y atenienses para acentuar la gravedad de la situación y, con ello, la imperiosidad del cambio. Pero el paralelismo no es sólo sociológico, sino también político: lo que Maquiavelo quiere igualmente realzar es el momento fundacional del presente, que debe ser solemnizado por la constitución de un Estado Italiano que marque para siempre el futuro de la nación. Maquiavelo quizá nunca fue tan romano como aquí.

³ *Cfr.* el cap. 3.

De Florencia a Italia: Maquiavelo, nacionalista

tos solidarios a causa del miedo, largos de corazón; a los vacíos de patriotismo, o llenos a lo sumo de intereses locales, ebrios de Italia; a los débiles de fuerzas, potentes en anhelos, etc., se debe a que también en Maquiavelo los tiros de la lógica nacionalista van directamente contra la razón.

Por lo demás, la moneda tiene dos caras, y a la de la impositiva unificación de todas las diferencias culturales⁴ existentes entre los habitantes de las diversas ciudades y regiones en el concepto de italiano, se corresponde la no menos arbitraria unificación de franceses, españoles, suizos o alemanes en “extranjeros”, o mejor: en “bárbaros”, como a partir de aquí les llama. No es menester recordar la tradición despectiva asociada al vocablo; nos basta con reconocer su carácter moralmente negativo, descalificador del destinatario ante el emisor, pues sobra con aludir a esta otra violación del *status quo* precedente para adherir espontáneamente a la misma la triple contradicción presente en ella: se valora donde antes se describe; se subdivide la realidad maniqueamente en italianos y bárbaros en consecuencia, y, por último, los demonios que habitan este recién creado inframundo pierden, como es natural, el carácter de modelo que en ocasiones llegaron a poseer. Los valores, antaño diseminados por los diferentes pueblos y extrapolables de unos a otros, tienen hogaño un dueño bien determinado, así como un territorio y un idioma únicos: los modelos, si quedan, son cosa del pasado. Hasta este punto, hasta poner patas arriba en la epistemología, la moral y la política el ideario anterior, conduce la lógica nacionalista, repetimos. Mas como el sello de la misma quedará impreso en el resto del discurso, abandonamos aquí el paréntesis abierto al objeto de exponer el significado de la reorientación doctrinal para proseguir el que acabábamos de interrumpir.

Decíamos que el príncipe italiano no era *sensu stricto* un príncipe nuevo, porque parte de la *virtù* —la intelectual— se había

⁴ No solo culturales, a decir verdad, pues también afecta a las diferencias de clase. Maquiavelo reconocía dos clases originarias en la sociedad, los grandes y el pueblo. Ahora, por arte de magia nacional, han quedado reducidas a una. ¡Y pensar que aquellos vivían intentado oprimir a estos! ¡Y pensar que estos vivían de luchar contra dicho intento: y que era la libertad la que salía ganando con la lucha!

INDIVIDUO Y POLÍTICA EN *EL PRÍNCIPE* DE MAQUIAVELLO

evaporado de su actividad al ser puesta en práctica por el ideólogo de la unidad de Italia. Pues bien, el enfoque nacionalista de la empresa irá sustrayendo aún más parcelas al territorio de la *virtù* que quedara al príncipe. A la conquista de Italia este parte disponiendo ya de un arma, el nuevo ejército, que el príncipe conducido al trono por su prudencia o por la *fortuna* deben apresurarse a forjar en aras de la conservación del mismo. Y aun concediendo que dicha forja sea mérito de su *virtù*, el carácter invencible que Maquiavello le agrega de ningún modo proviene de la misma fragua. El sentimiento nacional que multiplica su potencia late naturalmente en el corazón del patriota,⁵ quien solo espera la señal del jefe para, mostrando su clara superioridad “en fuerza, destreza e ingenio”, recuperar la vejada patria e infundirle existencia política. Por si fuera poco, dos nuevos aliados se presentan en el campo de batalla a favor del príncipe, puesto que comulgan igualmente con el ideal de la unificación. Uno de ellos es la Iglesia,⁶ y el otro, como no podía ser menos, puntual a todas sus citas con la historia cada vez que la historia nacional entra en juego, es el mismo Dios en persona. Se entiende así que el ejército italiano se vuelva omnipotente una vez que inicie semejante andadura, y que solo el objetivo satisfecho esté en grado de poner fin a su marcha.

Empero, algunos efectos se suman a esa lucha. El primero de ellos es que ninguno de todos esos milagros cuaja a partir de la *virtù* del príncipe, por lo que esta se va volviendo paulatinamente más raquítica —lo que no entraña que su titular pierda poder, sino al revés. Por el contrario, todos ellos brotan del carácter sagrado inmanente de la patria unida, a cuyo conjuro, y para su socorro, todas esas grandes potencias de la historia como son la Iglesia y Dios marchan al unísono como un mismo hombre tras el príncipe redentor. Pues de “redención” —he ahí el segundo efecto—, por cierto, se trata. La palabra la profiere el propio autor de *El Príncipe*, y con tal ardor que lo hace en dos ocasiones casi consecutivas (en un párrafo, además, en el que Dios se desquita de haber asistido como apenas un convidado de piedra político y como poco más que *deus-ex-machina* social en la primera mitad del texto,

⁵ De hecho Maquiavello echa en falta jefes, no italianos... (p. 148).

⁶ Es decir, la misma institución que en otro contexto había impedido que tan divino fuego calentase la tierra italiana (*Discorsi, ibidem*).

De Florencia a Italia: Maquiavelo, nacionalista

irrumpiendo de repente en seis ocasiones). Dios bendice la gesta, Dios santifica la causa, Dios anuncia el advenimiento de la nueva hora, etc. Al príncipe le queda solo terminar la obra para al menos retener la libertad: para demostrarse elegido de Dios. El escenario ha cambiado, pues, diametralmente, y donde viéramos anteriormente a la política desempeñar esforzadamente su papel, observamos ahora a la escatología ocupando su lugar. El mismo pueblo no quiere dejar de sumarse a la fiesta religiosa. Está unido, “su disposición es máxima” para la nueva tarea, pide a los cielos únicamente que le preste a un héroe al que seguir en su fe: y “con qué amor sería recibido [...], con qué sed de venganza, con qué firme lealtad, con qué devoción, con qué lágrimas”.⁷ Con solo verle enarbolar “una bandera” se alinearía enfervorizado tras él.

Un corolario se añade al efecto anterior: todas las pasiones señaladas eran monopolio de la república, y el equipaje con el que la libertad viajaba por el tiempo cuando aquella se perdía rescatándola del olvido;⁸ en esta segunda parte, en cambio, la distinción entre las formas de Estado es abolida por obra y gracia de la patria, que pasa a ser, así, el lugar donde el principado se ha convertido en libertad.⁹ El nacionalismo, por decirlo con otros términos, ha producido una criatura histórica nueva —la del patriota republicano— cruzando dos especies antaño en conflicto: el principado y la república. Ese patriota, por lo demás, ha unificado en su seno las antiguas y ontológicamente tensiones conaturales a toda sociedad —no nacional, se ve ahora— que dividían al pueblo de los grandes,¹⁰ por lo que en la nación ya no hay cla-

⁷ Y prosigue: “¿Qué puertas se le cerrarían? ¿Qué pueblos le negarían la obediencia? ¿Qué envidia obstaculizaría su paso? ¿Qué *italiano* (subrayado nuestro) le negaría pleitesía?”.

⁸ Véase el cap. II.

⁹ Tiene razón Chabod cuando afirma la modernidad del concepto de patria tal y como se elabora en el siglo XVI, e igualmente cuando añade que en Florencia y Venecia se identificaban con la libertad (*L'idea di nazione*. Bari, 1979, p. 187), pero esa verdad histórica no impide que en Maquiavelo haya contradicción teórica.

¹⁰ Pero con ello también al *tumulto* que producía la libertad en toda sociedad (no nacional). Hemos desarrollado más estas ideas recientemente en un trabajo titulado *El (proto)nacionalismo de Maquiavelo y Rousseau y sus repercusiones en la política*, actualmente en prensa.

INDIVIDUO Y POLÍTICA EN *EL PRÍNCIPE* DE MAQUIAVELO

ses; y el nuevo estado de gracia se prolonga mediante la ideología nacionalista hasta alcanzar la unión cuasi mística con el príncipe que los gobierna, y sancionarla con un sentimiento de unidad nacional que en nada recuerda las ahora bajas pasiones del interés, ni los caminos particulares y conflictivos que hacía tomar en la vida pública a cada uno de los sujetos interesados: por lo que en la nación ya apenas queda política por ejercitar.

Así mismo, si uno de los ejercicios más sabios de la *virtù* consistía en saber dosificar el uso de la fuerza, en especial en los orígenes de su reinado, en la fase de adquisición de un Estado, cuando el daño era inevitable y la crueldad necesaria, cuando quienes esperan una cosa reciben otra y el desengaño con ella, cuando más difícil es contenerse al dueño de la espada victoriosa porque todo le está permitido; si entonces, decimos, el príncipe hace relucir su *virtù* sabiendo —para compendiar— ganarse a sus nuevos súbditos y mantener bajo su mando a los antiguos con medidas que ya conocemos, ahora, cuando el próximo principado será la suma de todos ellos, toda esa fuerza le sobra, puesto que la unidad social está garantizada por la conciencia nacional pese a la aún inexistente expresión política en la que aquella habrá de reconocerse. Pero como también aquí la función crea al órgano, toda esa fuerza que queda sin usar es *virtù* que queda sin ejercer, vale decir: es una nueva extensión amputada a los dominios de la acción política.

La conclusión de todo ello es que el nuevo príncipe italiano es italiano, pero no nuevo.¹¹ Su *virtù* es sensiblemente menor que

¹¹ En lo que sí permanece la coincidencia *ambos* príncipes es que para ninguno es válida la tipología establecida por Weber para justificar la obediencia. El príncipe *nuevo* representaba por sí mismo una contradicción en los términos con la idea de legitimidad tradicional, en cuanto basada en la costumbre; aunque menos vistosa, su contradicción era igualmente de principio con la legitimidad racional, pues esta se basaba en la “legalidad” en lugar de en la persona. Y ni siquiera la carismática, que sí la toma por base, se corresponde con el modo de obtener obediencia el príncipe nuevo: mientras el jefe carismático, en efecto, es visto desde un principio como “llamado’ a ser un conductor de hombres” (*El político y el científico*, Madrid, 1998, p. 86), los cuales le obedecerán simplemente “porque creen en él”, aquel debía primero obtener artificialmente el mando, tanto del ejército como del pueblo, y saberse perpetuar en él incluso cuando este se

De Florencia a Italia: Maquiavelo, nacionalista

la de este, aunque su poder sea mayor. Si el lazo social está ya constituido previamente a la institución política, si es reconocido —esto es, conocido y sentido— como tal antes de la refundación del Estado italiano, toda la tarea política del príncipe se limitará a instaurarlo, pues su conservación está garantizada por la misma —metafísica— fuerza que garantiza su implantación. Conservar Italia está implicado en hacer Italia, en darle su Estado. La mitad más importante de la actividad política, aquella en la que es nuevo príncipe era capaz mediante su *virtù* de conquistar incluso a la *fortuna*, ahora pierde su razón de ser, pues cuanto debía ser resultado de su acción aparece como presupuesto de la misma. El nuevo príncipe italiano es, a lo sumo, un príncipe “electivo” en el momento de la adquisición del poder, y un cuasipríncipe “eclesiástico”¹² en lo relativo a su conservación. De ahí, justo de ahí, que pueda ser más poderoso que un príncipe “nuevo”: porque goza por adelantado de un consenso que no se tiene que forjar con acciones que le eviten el odio o el desprecio de su —unido y unitario— pueblo.

vuelve *descreído*. Es cierto que, a la larga, y tras tanta demostración *virtuosa*, la corona del carisma llegará un día a ceñir su frente —siendo, además, jefe militar como es, tiene por ello mucho ganado—, pero esa aureola ya rodeaba desde el inicio la del jefe carismático, y era de hecho el imán que atraía hacia él la obediencia de sus súbditos. Con el príncipe nuevo *italiano* sucede lo mismo que con el *florentino* respecto de las dos formas de legitimidad citadas al inicio, e igualmente respecto del posible surgimiento del carisma (acentuado en este caso porque ya es *deseado*, aunque aún no se sepa quién es el *escogido*). Solo que este le vendrá transferido desde el símbolo al que representa, que es el que sí lo posee naturalmente, por así decir: es la *idea nacional* lo carismático para el nacionalista, si bien el jefe que logre personalizarla atraerá sin duda hacia sí todo el aura mística que aquella de suyo posee.

¹² Cfr. caps. IX y XI, respectivamente.